

## **LOS SAQUEOS DE 2001 Y LOS GRISES DE LA POLÍTICA: UNA INVITACIÓN A SOCIOLOGIZAR LO CLANDESTINO.**

COMENTARIOS AL LIBRO DE JAVIER AUYERO: *La Zona Gris. Violencia colectiva y política partidaria en la Argentina contemporánea*. BUENOS AIRES, SIGLO XXI, 2007.

Julieta Quirós<sup>1</sup>

“Invitamos a saquear el supermercado Kin el próximo miércoles a las 11.30, el supermercado Valencia a las 13.30, y el supermercado Chivo a las 17’. Este volante y otros similares circularon en varios barrios pobres de Moreno, un distrito ubicado en el oeste del conurbano bonaerense, invitando a vecinos a unirse a las multitudes que saquearon varias docenas de supermercados y negocios de comestibles durante los días 18 y 19 de diciembre” (Auyero, 2007:24).

La lectura de este trecho de *La Zona Gris: violencia colectiva y política partidaria en la Argentina contemporánea*, último trabajo de Javier Auyero publicado en la Argentina, me remitió a las dos visiones que, presentándose como excluyentes, se disputaron la interpretación de los saqueos de 2001 y los acontecimientos del 19 y 20 en su conjunto: una –que podríamos llamar ‘espontaneista’– vio en las acciones populares de aquellas jornadas un estallido social –muchos hablaron de rebelión o insurrección popular–, donde confluyeron diversos sectores golpeados por la crisis económica. Desde esta perspectiva, los saqueos habrían sido la respuesta de los sectores más golpeados a una situación colectiva de hambre, pobreza y desempleo. Otra visión –‘conspirativa’ si se quiere– vio en las jornadas del 19 y 20, y específicamente en los saqueos, un conjunto de acciones cuidadosamente organizadas: una maniobra diseñada por ciertos sectores del poder político y económico para desestabilizar –y eventualmente derrocar– al gobierno de Fernando De la Rúa. Desde esta perspectiva, los protagonistas de los saqueos habrían sido las piezas con las cuales los poderosos –una fracción del peronismo y del empresariado nacional– llevaron a cabo su jugada desestabilizadora. La oposición entre rebelión (desde abajo) y conspiración (desde arriba) fue, también, la oposición entre lo “espontáneo” y lo “organizado”: el primer término hacia del 19 y 20 de diciembre una protesta popular auténtica y legítima; el segundo, una artimaña espuria y golpista.<sup>2</sup>

*La Zona Gris* constituye el primer estudio sociológico que interroga de cerca la dinámica de los saqueos de diciembre de 2001. Javier Auyero se atreve a desglosarlo de ese conjunto compacto que dimos en llamar “19 y 20 de diciembre” –en el que cacerolazos, movilizaciones, saqueos y asambleas populares se fundieron en un único fenómeno: la rebelión popular o la conspiración palaciega–, para examinarlos en su especificidad. Por este recorte novedoso, y por el tipo de preguntas de las que parte, *La Zona Gris* es, también, un desafío a las interpretaciones que hasta el momento se han disputado la representación de los hechos de diciembre. Las desafía, sobre todo, porque antes que preocuparse por definir *qué* fueron, o *por qué*, se pregunta, primero –y sencillamente–, *cómo* sucedieron. Y en ese “cómo” –que significa cuándo, dónde, por quiénes, frente a quiénes, contra quiénes– Auyero nos presenta un escenario enmarañado que torna dudosa cualquier respuesta simple a los *qué* y los *por qué*. No se trata, simplemente, de que se vuelve difícil hablar de rebelión o de conspiración; se trata, más bien, de que a la luz del análisis del autor los propios límites entre lo espontáneo y lo organizado comienzan a desdibujarse. En este sentido, es de imaginar que el libro –que nos confronta con un universo complejo, plagado de grises– impaciente a aquellos que sólo se sosiegan con una sociología de afirmaciones (blancas o negras) y respuestas (conclusivas).

En principio, con este nuevo trabajo Auyero traza una línea de continuidad con sus investigaciones en el área de estudios sobre la acción colectiva y la protesta social (cf.: Auyero, 2002 y 2004). Siguiendo a Thompson, el autor contesta la visión espasmódica de la acción colectiva –esto es, la articulación mecánica entre condiciones materiales (hambre, pobreza, desempleo) y acción popular–, y parte del supuesto inverso: el de que cualquier comportamiento colectivo supone un conjunto de acciones elaborado cuya explicación no se agota en condicionamientos materiales. Plantea que para comprender la naturaleza de los saqueos de 2001 debemos poner entre paréntesis las grandes explicaciones, ajustar el zoom y analizar su dinámica microscópica, es decir, las tramas de relaciones y secuencias de interacciones que estuvieron en su génesis y desarrollo. El autor emprende su propuesta por un doble camino: por un lado, el de la investigación de archivo, llevando a cabo una minuciosa reconstrucción de los hechos en base al examen de la prensa nacional, provincial y local, correspondiente a diciembre de 2001. Por otro, el de las entrevistas a algunos de los protagonistas de los saqueos en dos distritos del conurbano (personas que saquearon, vecinos, comerciantes cuyos negocios fueron saqueados, militantes partidarios locales, *punteros* políticos) y a actores políticos claves en aquel momento histórico (Juan José Álvarez, Secretario de Seguridad de la provincia de Buenos Aires; Aníbal Fernández, entonces Ministro de Trabajo de la provincia; Luis D'Elia, dirigente de la Federación Tierra y Vivienda).

Articulando ambos tipos de evidencia, el autor advierte que la dinámica de los saqueos presenta una serie de recurrencias reveladoras. En primer lugar, la selectividad de los blancos: los saqueos se concretan mayoritariamente en comercios chicos y no en los grandes supermercados. Segundo, la protección policial también es selectiva: estadísticamente hay presencia policial en los grandes mercados y ausencia en los chicos. Tercero, presencia de militantes y referentes partidarios en los lugares de saqueo que carecían de protección policial, y ausencia de esos militantes en puntos con presencia policial. Cuarto, las acciones cuentan con gente que dirige, organiza, dice dónde ir y dónde no, cuándo entrar y cuándo salir –según algunos de los entrevistados, esos organizadores eran en algunos casos *punteros* partidarios–. Quinto, fuerzas de la policía bonaerense que, estando en lugares con amenazas o acciones de saqueos, no sofocan a sus protagonistas –tenían orden de no hacerlo–, e incluso participan de los mismos. Finalmente, buena parte de los entrevistados señala que *sabía* que iba a haber saqueos –hacía tiempo que se venían anunciando a través de rumores–, y casi todos ellos los atribuyen a la “política”.

Si examinamos de cerca la dinámica de los saqueos es difícil, argumenta Auyero, oponer saqueadores a fuerzas represivas, agentes del caos a agentes del orden, violencia a política institucional. Aún más: la dinámica de los saqueos, dice el autor, revela un conjunto de relaciones y conexiones “clandestinas y ocultas” (2007:24) entre saqueadores, militantes partidarios, autoridades políticas y fuerzas represivas del Estado, que fueron parte de las condiciones de posibilidad de esos hechos. Estas conexiones –que imbrican lo que solemos pensar como separado, y tornan borrosas las distinciones entre política institucional y política beligerante– constituyen lo que Auyero denomina la *zona gris* de la política.

Su tesis sobre la *zona gris* es doble: (1) las relaciones que la constituyen son un componente clave en la génesis de acciones de violencia colectiva extraordinaria –como los saqueos–; (2) lejos de desaparecer cuando desaparece la violencia, la *zona gris* es constitutiva de la vida política ordinaria y formal, o si se quiere, de la normalidad de la política. Los saqueos de 2001 son, en este sentido, una especie de caso ejemplar a través del cual Auyero construye y explora ese “objeto analítico” (2007:48) que le interesa: la *zona gris* de la política. El libro plantea, así, una propuesta de investigación: invita a convertir en objeto sociológico una serie de fenómenos hasta ahora reservados al universo de la especulación, de la anécdota, de las denuncias y los informes periodísticos, de las biografías no autorizadas. Auyero nos dice que el volante que recibieron los vecinos de Moreno invitando a saquear debe ser considerado seriamente si es que queremos entender cómo funciona efectivamente la vida política argentina.

Acogiendo la propuesta programática del libro, reflexiono, en las páginas que siguen, sobre algunas dimensiones e implicancias de ese objeto analítico que apunta a circunscribir y encarar el estudio de fenómenos que, como bien nos indica el autor, tienden a ser dejados de lado, tanto por los estudios de la política beligerante, como por los de la política institucional. Entre los caminos posibles que puede adoptar esa reflexión, aquí me propongo esbozar uno, doblemente parcial. Primero, porque busca trazar un diálogo –también, uno entre otros posibles– entre la mirada sociológica y la antropológica; es decir, plantea al libro preguntas e inquietudes que podríamos considerar “antropológicas”. Segundo, porque en la medida que da la bienvenida a la proposición del libro, no para sintetizarla o reproducirla, sino para analizarla con el espíritu en que el propio autor la ofrece, esto es: no como un punto de llegada, sino como un punto de partida a ser desplegado. En este sentido, mi reflexión no da el mismo tratamiento a todos los puntos del argumento de la obra, sino que se concentra en algunos específicos: aquellos que indican, a mi entender, direcciones para pulir la noción de la *zona gris* como herramienta conceptual y desdoblar su usos analíticos.

### Sociologizar lo clandestino

La *zona gris* no es sólo un área de ambigüedad donde se funden las fronteras de la política institucional y la política violenta. Es también un espacio de clandestinidad, en la medida en que incluye prácticas y relaciones signadas por diverso grado y escala de ilegitimidad e ilegalidad. Sociologizar lo clandestino es, entonces, uno de los desafíos al que nos convoca Auyero. La lectura del libro abre, en este sentido, una serie de interrogantes sobre las implicaciones del ejercicio; interrogantes que trascienden el fenómeno de los saqueos y el campo de la política, en tanto y en cuanto constituyen dilemas de buena parte, sino toda, la investigación sociológica y antropológica –pues todo universo de estudio nos depara, en mayor o menor medida, con sus zonas grises-.

¿Cómo estudiar, entonces, lo clandestino? La pregunta se desenvuelve en varias otras. Algunas de carácter epistemológico: ¿cómo no transformar la pesquisa en una búsqueda de “verdades” ocultas, y con ello, la relación del investigador con sus interlocutores en un vínculo guiado por la sospecha?; ¿cómo no aplinar o medir la palabra de nuestros interlocutores con la vara de lo verdadero/falso? Y, más importante: ¿cómo no jerarquizar las perspectivas y las versiones encontradas, o no presumir que unas son menos parciales o interesadas que otras? El análisis de Auyero resiste a esta jerarquización y despliega visiones discrepantes, en cuya superposición –y contradicción– el autor va diseñando el cuadro de conexiones que le permiten iluminar parte de la trama

relacional de los saqueos. Así, por ejemplo, mientras en una entrevista el Ministro de Trabajo de la provincia de Buenos Aires dice enterarse de los saqueos con anticipación, gracias a la información que provenía de “las bases” del partido en los barrios, los entrevistados pertenecientes a las “bases” –punteros por ejemplo– dicen al autor que ellos sabían de antemano que habría saqueos, porque “la gente del partido” lo había comunicado. El autor no se apresura dando más o menos crédito a una versión, sino que las pone en un primer diálogo, del cual surge un dato que interesa: la existencia de una red de relaciones por la que circula información, y por la que circularon los rumores que crearon, entre otras cosas, condiciones y disposiciones para saquear.

Incluir zonas grises en nuestras investigaciones abre, también, un conjunto de interrogantes de orden metodológico: ¿qué técnicas de investigación requiere ese ejercicio?; y, más específicamente, ¿qué implicancias, alcances, y limitaciones, presenta la técnica de la entrevista? Entiendo que, además de una reflexión sobre cómo el investigador irá a hacer visible aquello que es para ser oculto –es decir, qué tipo de escritura y presentación de los datos se requiere para hablar de lo que compromete a nuestros interlocutores–, es necesario, también, algo que en ciencias sociales solemos hacer poco: me refiero a la incorporación en el análisis de la situación de entrevista y del estatuto de los datos allí producidos. La esterilidad de juzgar el discurso del entrevistado en términos de verdad/falsedad, creencia/sospecha, no es una cuestión de disposiciones subjetivas sino un problema sociológico vinculado a: (1) el hecho de que, como nos enseñara Malinowski, el sentido de la palabra no está desligado del contexto de situación en que la palabra es proferida –en qué circunstancias, frente a quién, para quién nuestros interlocutores están hablando, son elementos que constituyen el significado de lo que es dicho–; y (2) a que, como nos enseñaran primero Jackobson y luego Austin, la función comunicativa es tan sólo una de las múltiples funciones del lenguaje –al hablar no sólo “comunicamos” sino que producimos realidades, efectos poéticos, estéticos, performativos, sobre el mundo social–.

En este sentido, podríamos decir que lo que comerciantes, políticos, funcionarios, vecinos y militantes partidarios le dicen a Auyero en relación a los saqueos no está desvinculado de: la relación que cada uno de ellos tiene con el investigador; los juicios y valores, propios y ajenos, en torno a los hechos narrados; lo que el entrevistado piensa sobre las ideas, valores, y juicios del entrevistador (y viceversa); las expectativas del entrevistado en relación a lo que se dirá sobre y a partir de lo dicho, y, por tanto, las imágenes –una vez más, propias y ajenas– que el entrevistado quiere dar ante el entrevistador y la audiencia; la posición social y estructural del entrevistado en los hechos narrados y en las redes de relaciones que esos hechos involucran (quiénes son esas personas y qué

vínculos tienen entre sí); los intereses de cada quién y la competencia, dentro de esas redes, por imponer una cierta visión acerca de los saqueos. Aunque Auyero introduce algunos de estos elementos a lo largo del libro, una interrogación sistemática sobre ellos enriquecerá, sin duda, el material empírico, e iluminará nuevas y más dimensiones de las bases relacionales de los saqueos.

*La Zona Gris* nos lleva a reflexionar sobre la entrevista como técnica en un sentido más profundo: el de la importancia de buscar evidencias empíricas alternativas a la palabra. En un trabajo excepcional sobre las prácticas de brujería en la Francia contemporánea, Jeanne Favret-Saada (1977) problematiza las dificultades que atravesó durante su trabajo de campo para acceder a los fenómenos en que estaba interesada. A juzgar por las respuestas que sus interlocutores daban a sus preguntas, ella debería haber afirmado, sencillamente, que ninguno de ellos practicaba brujería, o inclusive, que en el Bocage la brujería no existía. Sólo cuando la investigadora, conviviendo en la comunidad, se vio implicada en una situación de acusación de brujería –es decir, cuando se vio involucrada y afectada dentro de ese mundo–, pudo saber algo sobre esas prácticas que a nivel del discurso eran negadas, o simplemente atribuidas a otras personas y a otros lugares. Su etnografía evidencia cómo, dependiendo del objeto, la pregunta como técnica de indagación, y la palabra como evidencia, pueden tornarse caminos truncos de investigación. Volviendo a *La Zona Gris*, entiendo que los puntos mencionados arriba (contexto de situación, funciones performativas del lenguaje, análisis sociológico de las posiciones–de y las relaciones–entre los entrevistados) constituyen una puerta prolífica en esta dirección, como también lo son la investigación de archivo y el análisis estadístico, por los que Auyero llega a hipótesis y conclusiones sugestivas.

Una última observación en relación a la zona gris como objeto sociológico: ¿gris –ambiguo, y clandestino– para quién y desde el punto de vista de quién? Esta pregunta –la pregunta con la que un antropólogo siempre viene a importunar– no es protocolar, sino que hace, a mi entender, a la potencia de la ‘zona gris’ como herramienta analítica. El vínculo entre “violencia colectiva extraordinaria” y “política partidaria habitual” –que el autor identifica al inicio como una clave para comprender los saqueos– es una de las tantas formas que puede adoptar la zona gris. A lo largo del libro, el objeto tiende a extenderse cuando la “política partidaria habitual” deviene “política”, o cuando la “violencia colectiva extraordinaria” deviene “violencia” a secas, y abarca comportamientos colectivos e individuales, cotidianos y extra-cotidianos. La zona gris pasa a ser, entonces, el espacio donde se localiza un amplio espectro de prácticas y relaciones –desde los vínculos entre gobiernos y partidos políticos con la mafia, el tráfico de drogas, la represión ilegal, el crimen organizado, hasta casos que el autor toma de sus investigaciones, como la relación entre vecinos y pun-

teros barriales en enclaves de pobreza, o como el caso del El Chofa, una especie de matón local de cuyo accionar depende el funcionamiento de la política institucional en una provincia argentina (2007:65 y ss.). Lejos de ser un problema en sí mismo, entiendo que esta elasticidad puede ser ventajosa, siempre y cuando explicitemos desde el punto de vista de quién y en base a qué criterios (blancos y negros) estamos definiendo las fronteras de la zona gris –que son también las fronteras, siempre relativas y situacionales, entre política/violencia, legalidad/ilegalidad, legitimidad/ilegitimidad-. Pensando en esta dirección, sugiero que una serie de ideales sobre el deber-ser del vínculo político y de la institucionalidad democrática están operando en la aparición del ‘gris’, y que vale la pena ensayar el ejercicio de reflexionar sobre ellos: en primer lugar, porque se trata de ideales que suelen estar en la base de las preguntas y respuestas con que abordamos el estudio de la política desde el campo académico; y, en segundo lugar, porque explicitarlos nos permitirá evitar que la zona gris se nos escabulla como objeto, o se transforme en una categoría moral (y acusatoria), más que analítica.<sup>3</sup>

En lo que sigue esbozo un inicio de este ejercicio, y para ello me detengo en un apartado del libro donde la zona gris se vuelve escurridiza: el de las imbricaciones entre política partidaria y vida cotidiana en contextos de pobreza y marginalidad.

### La zona gris de la “política de los pobres”

La zona gris se extiende en otra dirección cuando es definida como el espacio social en el que convergen no dos, sino tres elementos: la “violencia colectiva” (extraordinaria), la “política partidaria” (habitual), y la “vida cotidiana”. Esta tríada es central en el argumento, en la medida en que permite al autor mostrar que la trama de relaciones que se activó durante los saqueos los precede y los trasciende. Al tomar distancia de una visión rupturista entre política ordinaria y extraordinaria, y al desconfiar de las grandes explicaciones mecanicistas –tanto de derecha como de izquierda–, Auyero demuestra que los saqueos no salen de un repollo, sino que están inscriptos y elaborados en una red de relaciones interpersonales, cotidianas, microscópicas. La reconstrucción de esa red es sugestiva: el autor nos muestra, por ejemplo, la circulación del rumor como un elemento clave en la creación de oportunidades para saquear (y luego para desmovilizar), las relaciones interpersonales (de parentesco, amistad y vecindad) por las que circularon esos rumores, y a esas relaciones operando en el momento del saqueo (la gente no va sola a saquear sino con personas de confianza; la presencia de personas conocidas va pautando la dinámica de las acciones, indicando adónde ir y adónde no). Sin dejarnos simplificar el juego en

visiones espontaneístas o conspirativas, el análisis de Auyero nos permite ver el poder diferencial para producir efectos sobre el mundo social. Las estructuras partidarias son un caso de ese poder diferencial: los *punteros* difundieron la noticia de la oportunidad de saqueo y tuvieron crédito en virtud de su lugar social -en la política ordinaria y cotidiana- como distribuidores de recursos y, sobre todo, de conocimiento e información.

Auyero retoma, así, otra línea de su trayectoria intelectual (cf.: Auyero, 1997 y 2001) y argumenta que, en contextos de pobreza, las redes partidarias son claves en la supervivencia y la resolución de los problemas de esas poblaciones, y que el intercambio clientelar es la forma dominante en que, día a día, *punteros* y *vecinos* se vinculan. La posición cotidiana de los *punteros* en tanto agentes distribuidores de programas y recursos públicos, nos obliga, dice Auyero, a revisar las distinciones tajantes entre política formal e informal, entre Estado e instituciones no estatales. En el esquema argumentativo del libro, el clientelismo es la zona gris de la política de los pobres.

Atendiendo a los casos y descripciones que el autor presenta, sin embargo, entiendo que las relaciones clientelares son grises al desafiar, además, otra serie de distinciones normativas que -dependiendo del caso y de la perspectiva adoptada- las tornan ocultables, ilegítimas, desviadas o políticamente incorrectas. Una de esas distinciones refiere a lo que podríamos llamar principio de impersonalidad, esto es: el presupuesto de que el Estado moderno, y sobre todo la aplicación de sus políticas, no funcionan -o no deberían funcionar- sobre la base de vínculos interpersonales y contingentes (como aquel que liga, por ejemplo, a *punteros* y *vecinos*) sino, antes bien, mediante procedimientos impersonales y padronizados. Una segunda distinción normativa refiere al par universal/particular: los intercambios en que se basan las relaciones cotidianas entre pobres y estructuras partidarias involucran bienes específicos (como las políticas de asistencia social) que, al ser asignados diferencialmente, introducen una selectividad dentro de la población. A través de las relaciones clientelares, aquello que se presenta como universal es, en la práctica, particularizado. La lógica interpersonal del *favor* y del *agradecimiento* propia del vínculo clientelar confronta con el ideal democrático moderno del *derecho*, en virtud del cual la circulación de los recursos estatales debe regirse por criterios no sólo impersonales, sino también, aplicados igual y universalmente a todos -esto vale, inclusive, para los criterios selectivos de las políticas focalizadas-. En la medida en que las redes clientelares ponen a funcionar su maquinaria personalista y particularista, desafían el universalismo y se tornan grises. Entiendo que una tercera distinción normativa es quebrantada por el vínculo clientelar, tiñiéndolo de gris. Partimos del supuesto de que ese vínculo es una relación política fundada en un intercambio que incluye beneficios económicos; ese fundamento las

torna espurias en la medida en que desafía las fronteras de dos órdenes que, creemos, deben ir separados: la política, universo que presumimos referente al compromiso desinteresado, y la economía, universo que presumimos ligado a la subsistencia y al interés.<sup>4</sup> A ello se suma un rasgo fundamental de ese intercambio político-económico: su carácter asimétrico. Auyero señala la asimetría en términos de dominación: la dominación del “mediador” o “broker” sobre el “cliente”, en virtud de la dependencia que éste último tiene respecto del primero para la resolución de sus problemas de subsistencia.

Me pregunto, no obstante, si en el marco de una mirada preocupada por los efectos de poder del clientelismo, no cabría preguntarnos, también, por el carácter recíproco de la dependencia: es decir, la forma en que la posición y el poder de los *punteros*, depende –en otro nivel del circuito de intercambio– del apoyo de sus “clientes”. Creo importante señalar la naturaleza interdependiente de esta relación, no para restar peso a la asimetría que la caracteriza sino, al contrario, para ver que el *puntero* es una pieza fundamental dentro de esa tecnología de poder –en el sentido foucaultiano del término– que es el clientelismo. Además de las perspectivas “culturalistas” –el clientelismo como conjunto de hábitos, disposiciones y creencias arraigadas– o “historicistas” –el clientelismo como coyuntura–, podemos pensar e interrogar al fenómeno clientelar como una tecnología de poder dentro de esa forma de gobernar que conocemos como democracia. En su análisis etnográfico sobre el funcionamiento de la democracia moderna, Marcio Goldman (2006) propone esta lectura y llama la atención sobre la forma en que ciertos mecanismos de poder, como las elecciones, concilian principios de inclusión (la representación política, por ejemplo) con principios de exclusión (la profesionalización de los políticos). Pensando a la luz de esta formulación, me pregunto si una de las mayores eficacias del clientelismo como tecnología de poder no reside, precisamente, en su capacidad para realizar una negociación práctica entre principios de ese tipo: el derecho universal y el derecho restrictivo. El clientelismo consigue una coexistencia relativamente pacífica –y disciplinadora– entre la inclusión y la exclusión en la medida en que el acceso a las políticas y recursos estatales permanece virtualmente abierto para todos, mientras, en los hechos, se restringe a aquellos que están dispuestos a (o tienen condiciones para) entrar en sus redes.

Volveré sobre este punto en el último apartado. Antes, una última observación –ya de otro orden– sobre la incorporación –junto con la “violencia colectiva” (extraordinaria) y la “política partidaria” (habitual)– de la “vida cotidiana” al espacio de la zona gris. Nuevamente, la pregunta molesta: “vida cotidiana” de quién. Auyero contempla en su análisis la vida cotidiana de los pobres. Queda planteada la pregunta que Laura Masson (2002) y Gabriel Vommaro (2008) formulan en relación al clientelismo: ¿hay zona gris más allá de la política de

los pobres? Entiendo que sería desacertado reducir la imbricación entre “política partidaria” y “vida cotidiana” a los sectores populares.<sup>5</sup> Como dije al inicio, *La Zona Gris* no pretende ser un punto de llegada, sino el punto de partida de una propuesta programática y de un campo de investigación; en este sentido, queda pendiente la tarea de examinar las imbricaciones entre política partidaria y vida cotidiana de los poderosos. El libro nos sugiere la centralidad de esa imbricación en los saqueos: entre las evidencias presentadas por el autor encontramos, por ejemplo, a Alfredo Coto pidiendo al gobierno protección para sus supermercados, a través de un llamado telefónico directo a la Secretaría de Seguridad. Las relaciones cotidianas entre los Coto y las estructuras más altas del poder son la otra arista de la zona gris en la normalidad de la política, y una pieza a ser incorporada en el estudio de la trama relacional de los saqueos.

### Los grises de la política: *¡contra o con la democracia?*

Una de las tesis que recorre el libro es que las relaciones que operan en la zona gris no sólo tienen un lugar central en el funcionamiento de nuestro sistema político, sino que se encuentran, además, en expansión. A la luz de los factores que el autor identifica como causantes de ese crecimiento –aumento de la marginalidad y la pobreza estructural; impunidad de las fuerzas represivas; consolidación y avance de las redes clientelares en un Estado en retirada<sup>6</sup>–, una lectura posible de la afirmación sería pensar a la zona gris como un espacio propio de sistemas democráticos defectuosos. Habría entonces, según el momento y el lugar, más o menos zona gris. Y si bien Auyero sugiere esto en varios pasajes del libro, pienso que él mismo nos ofrece otra lectura alternativa, cuando nos aclara que su trabajo busca escudriñar la zona gris en su contenido y forma dentro de una coyuntura histórica específica (2007:74). A mi entender, la propuesta del libro despliega su potencialidad desde este último punto de vista más “estructuralista” si se quiere: es decir, un punto de vista preocupado por indagar bajo qué formas se presenta y opera la zona gris en cada contexto socio-histórico.

Esta lectura se complementa con la perspectiva de poder y sus tecnologías, que sugerí más arriba para pensar al clientelismo. A la luz de esa perspectiva, la relación entre zona gris y democracia adquiere, también, una arista más estructural que coyuntural: las relaciones que hacen a la zona gris pueden ser vistas, no sólo como aquello que vulnera o desvirtúa las formas democráticas, la ciudadanía o la dimensión pública de la política (2007:77; 199 y ss.) sino, también, como parte de los pilares sobre los cuales eso que conocemos como “democracia” –aquí y en el primer mundo– efectivamente se practica. En otros términos: sugiero que aquello que desde una perspectiva aparece como un obstáculo para

la democracia, desde otra es, precisamente, parte de sus condiciones de posibilidad. Esta mirada nos permitiría repensar el lugar de algunos fenómenos que consideramos como desperfectos a ser corregidos: por ejemplo, la “compra de votos”, que Auyero menciona al final del libro, podría ser pensada como parte de los mecanismos estructurales con que se definen las elecciones en democracia; o, también, podría pensarse que –junto con la alternancia electoral– el poder disruptivo de las élites y las acciones de violencia extraordinaria (colectivas o no) son parte de los mecanismos que dirimen quién va a gobernar –en democracia–.

El Estado democrático y el sistema de partidos, nos recuerda Goldman (2006: 265 y ss.), no son sólo instituciones sino, también, un tipo específico de poder cuyo único modo de funcionamiento posible es oscilar, continuamente, entre “códigos explícitos” y “trampas inconfesables”; es en este sentido que la zona gris resulta un objeto analítico promisorio en nuestra compresión de la política contemporánea.

## Notas

<sup>1</sup> Magíster y doctoranda del Programa de Pós-Graduação em Antropología Social, Museu Nacional, Universidade Federal do Rio de Janeiro. E-mail: juquiro@hotmai.com

<sup>2</sup> Cabe excluir, dentro de este esquema, a la interpretación de la izquierda trotskista, que atribuyó un sentido y valoración inverso al par espontaneísmo/organización: descartando la teoría del golpe desde arriba, vio en la rebelión popular, no una reacción espontánea a la crisis, sino la respuesta de una clase obrera organizada.

<sup>3</sup> Este desplazamiento –del orden conceptual al orden moral– es señalado por trabajos que reflexionan sobre la noción de clientelismo en la obra de Javier Auyero (Vommaro, 2008) y sobre el tratamiento del vínculo clientelar en la “política de los pobres” (Masson, 2002). En *La Zona Gris*, la clasificación de relaciones y prácticas como “violentas”, “desviantes”, “clandestinas”, o el uso de términos como “saqueador” o “puntero” –categorías que en el universo social estudiado pueden juger como etiqueta acusatoria–, merecen una reflexión en la medida que no son operaciones meramente descriptivas sino calificaciones hechas en base a premisas normativas a ser enunciadas –sobre todo si tenemos en cuenta que esas premisas no son, en muchos casos, compartidas por los protagonistas de las situaciones consideradas *grises* por el autor–.

<sup>4</sup> Esta purificación no es exclusiva de los estudios sobre clientelismo. Como muestro en otro trabajo (Quirós, 2008), forma parte de los implícitos en los estudios sobre movimientos sociales y acción colectiva, y sobre la política entre sectores populares en general.

<sup>5</sup> Mientras tanto, queda abierto el interrogante inverso, también planteado por Masson y Vommaro: ¿habría, para Auyero, “política de los pobres” más allá (de la zona gris) del clientelismo?

<sup>6</sup> Varios autores han criticado la idea de ausencia del Estado (Manzano, 2007; Grimson, 2003; Svampa y Pereyra, 2004) e indicado la necesidad de estudiar los modos en que el Estado redefinió sus modos de intervención social. Señalo, además, que recuperando la propuesta de Auyero de acoger los grises y desconfiar de nuestras clasificaciones rígidas (entre política institucional y no institucional, formal e informal, entre Estado y Sociedad), parece pertinente estudiar la gestión de recursos estatales por parte de agentes en teoría “no estatales” –como los *punteros*– como parte de las formas a través de las cuales hoy ese Estado se hace presente.

## Bibliografía

- Auyero, J. (Comp.). (1997). *¿Favores por votos? Estudios sobre clientelismo político contemporáneo*. Buenos Aires, Losada.
- Auyero, J. (2001). *La política de los pobres. Las prácticas del clientelismo del Peronismo*. Buenos Aires, Manantial.
- Auyero, J. (2002). *La protesta. Retratos de la Beligerancia popular en la Argentina democrática*. Buenos Aires, Libros del Rojas.
- Auyero, J. (2004). *Vidas Beligerantes: dos mujeres argentinas, dos protestas y la búsqueda de reconocimiento*. Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.
- Favret-Saada, J. (1977). *Les Mots, la mort, les sorts : la sorcellerie dans le bocage*. Paris, Gallimard.
- Goldman, M. (2006). *Como funciona a democracia. Uma teoria etnográfica da política*. Rio de Janeiro, 7Letras.
- Grimson, A., Lapegna, P., Levaggi, N., Polischer, G., Varela, P. y Week, R. (2003) *La vida organizacional en zonas populares de Buenos Aires. Informe etnográfico*. Center for the Study of Urbanization and Internal Migration in Developing Countries, Population Research Center, University of Texas. Working Paper Series, 02. [en línea]. [www.prc.utexas.edu/urbancenter/documents/wp0315e.pdf](http://www.prc.utexas.edu/urbancenter/documents/wp0315e.pdf)
- Manzano, V. (2007). *De La Matanza Obrera a Capital Nacional del Piquete: etnografía de procesos políticos y cotidianos en contextos de transformación social*. Tesis de Doctorado no publicada, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Argentina.
- Masson, L. (2002). La villa como aldea. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*. 27.
- Svampa, M. y Pereyra, S. (2004). *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*. Buenos Aires, Biblos.
- Quirós, J. (En Prensa). Política e economía na ação coletiva: uma crítica etnográfica às premissas dicotômicas. *Mana. Estudos de Antropologia Social*.
- Vommaro, G. (En Prensa). Diez años de ¿Favores por votos? El clientelismo como concepto y como etiqueta moral. En E. Rinesi, G. Vommaro y M. Muraca (Comps.), *¿Si este no es el pueblo? Hegemonía, populismo y democracia en Argentina*. Buenos Aires, La Crujía-UNGS.